

## LAS BASES SOCIALES DE LA MONTONERA

Según la apropiada caracterización hecha por Martin de Moussy, quien visitó La Rioja hace una centuria, esta provincia presenta el aspecto de "una llanura inmensa y árida, extendida desde el pie de los Andes a la depresión areno-arcillosa y blanca de sal que constituye la cuenca de la gran salina, entre el macizo central argentino y la Cordillera". (1) Dentro de ese vasto marco natural, dominado por la aridez y flagelado por la sequía, distinguíanse en esa época tres zonas de características antropogeográficas diversas: la Capital, los Llanos y la región montañosa del Oeste, que comprendía toda la porción occidental del territorio desde la sierra del Velasco hasta la Cordillera. Cada una de ellas tipificaba un hábitat con características propias, una relación especial del hombre con el paisaje, una modalidad de vida. Provincia de fisonomía esencialmente rural, ella tenía únicamente una comunidad urbana, la Capital, aldea de tres mil habitantes que llegaban a 5 mil computando los pobladores de la vasta campaña circundante.

Salvador de la Colina nos dice que era "una aldea miserable", cuyos edificios estaban contruidos íntegramente de barro, y en donde por excepción se notaban algunos tejados como la Iglesia Matriz, Santo Domingo —edificio en piedra del siglo XVIII— y la casa de don Salvador Bustos "el palacio del pueblo". Según dicho testigo, la plaza era un almacigo de malezas y las calles estaban cubiertas de arena acarreada por las crecientes, con tal abundancia que en algunas partes las puertas se veían ya tapadas hasta la mitad. (2) Formando notable contraste con esa fisonomía tan poco grata, impresionaba favorablemente al viajero la magnífica vegetación de naranjos que cubría los huertos y jardines interiores. Bella nota de verdor en la aldea cenicienta.

En ese más que modesto pueblo residían algunas de las más importantes familias de la época: los Ortiz de Ocampo, Villafañe, Bustos, del

(1) Martín de Moussy: "Description Géographique et statistique de la Confédération Argentine", III, 390/91.

(2) Salvador de la Colina: "Crónicas riojonas y catamarqueñas", 146 y siguientes.

Moral, Luna, Bazán, Carreño, de la Colina y algunas otras. Ellas constituían el núcleo culto y acomodado de la población: comerciantes, burócratas, ricos propietarios y, principalmente, políticos de círculo con vocación secular para ser gobierno. La crónica lugareña nos enseña que de esa élite social salieron tenientes de gobernadores y cabildantes, cuando la Colonia, y más tarde, en el período independiente, gobernadores, ministros y diputados.

La Capital se complementaba con una franja de tierra húmeda fertilizada por el agua de un arroyo. Una legua cuadrada más o menos, cultivada íntegramente. Más allá venía la campaña cubierta de bosque espaciado y en donde la posibilidad de subsistencia estaba referida a unos cuantos pozos de agua. El verdor se recostaba a lo largo de la Sierra. Allí las vertientes naturales habían permitido el establecimiento de aldeas y estancias como Tudcun y San Cristóbal, Ampiza, el Estanque, Carrizal y Amilgancho. (3)

Desde el punto de vista económico más importancia que la ciudad tenía el Oeste. Región de configuración montañosa, en los valles de Famatina y de Vinchina se encontraban los más ricos predios rurales, las "tierras de pan llevar", regadas por los arroyos que bajan de la montaña. Viñedos y olivares, trigales, alfalfares y otras plantas de Castilla, representaban los productos que alimentaban el intercambio y una incipiente industria. En Famatina están los ricos y mentados yacimientos de oro y plata, trabajados con procedimientos muy rudimentarios y explotados en corta escala por falta de capitales. El comercio con Chile era activo y próspero, especialmente con Copiapó y Huasco, adonde se envía hacienda en pie engordada en los alfalfares de la zona. La población estaba diseminada en fincas y aldeas. (4) Sus hábitos de vida son los propios de los pueblos agricultores: gente pacífica y apegada a la tierra, de espíritu conservador y sin inquietud de cambio. El medio físico y la idiosincracia del hombre, unidos a circunstancias sociales que gravitan desde la Colonia, convierten al Oeste en una comunidad de tipo feudal donde se hace sentir incontestable la autoridad del señor autoritario y soberbio. (5) De allí provienen algunos de los linajes más encumbrados, la aristocracia de la tierra, de la cual fueron exponentes los Dávila y Ocampo, protagonistas de una larga querrela patrimonial con graves derivaciones en el terreno político. Hasta la época de Juan Facundo Quiroga, la gente del Oeste gravitó decisivamente en los asuntos riojanos. Más tarde, cuando la

(3) Martín de Moussy, obra citada, 405.

(4) Ibid. 406/409.

(5) Carmelo B. Valdés: "Tradiciones riojanas", pág. 27 y siguientes.

política liberal doblegó a los caudillos federales con el concurso de la tropa de línea, los gobernadores serán impuestos muchas veces por los influyentes círculos políticos de Villa Argentina (Chilecito) y sus contornos.

Frente a la Capital sede de los negocios públicos, y al Oeste, asiento de la riqueza, aparece toda la zona sud de la provincia, la gran llanura areno-arcillosa que constituye la cuenca de los Llanos. Región de fisonomía agreste no modificada por el trabajo del hombre; país donde las travesías arenosas y salinas alternan con el monte virgen de algarrobales, quebrachos, talas y jarillas. Algunas vertientes y aguadas dan al paisaje minúsculos manchones de humedad, donde se recuestan aldeas diseminadas que son suerte de oasis en medio del desierto. En medio de este océano de tierra firme se alza "la isla sagrada", la fortaleza que es la Sierra de los Llanos que diseña, con sus cordones extendidos de norte a sud, la Costa Alta y la Costa Baja, o sea los dos Departamentos en que se dividen los Llanos. Aquí el género de vida dominante es la cría de ganado; tierra de pastores y de jinetes para quienes el mundo termina en las montañas de Córdoba, San Luis, San Juan y Catamarca que forman el cinturón de la gran cuenca. Sus habitantes poseen la psicología propia del pastor de la llanura árida: movedizos e inconstantes, con sed de aventuras y novedades, mansos y afectivos con quienes saben ganar su confianza, pero rebeldes y recelosos frente a la autoridad formal del hombre de la ciudad. Es una sociedad que tiene sus ideales y sus normas de convivencia. La ley está encarnada para ellos no en las resoluciones del gobierno sino en el caudillo que aman y a quien tienen cerca, valiente y hábil, capaz de acompañarlos y de jugarse por ellos en cualquier patriada. (6)

En esa vasta extensión vivían, hacia 1860, poco más de 11 mil almas. La inmensa mayoría de esa gente profesaba una devoción incondicional a sus caudillos, llamáranse Quiroga o Peñaloza. Allí no contaban las ambiciones de poder que tanto dividían a los hombres de la ciudad, ni tampoco las odiosas querellas de linaje. Era una sociedad masa cohesionada en torno a una figura que se desvelaba por ella, siguiendo a la cual se sentía segura de poder humillar a los seculares dueños del poder y la riqueza. Únicamente no encajaban dentro de ese esquema, algunos vecinos caracterizados cuya filiación espiritual los asemejaba al modo de pensar y de sentir de la gente urbana. Y así lo demostraron. Cuando se planteó el enfrentamiento entre sedentarios y pastores, entre liberales y

(6) Martín de Moussy, obra citada, 400/401, 405/406 y 413.

federales, militaron en las filas de los primeros, viéndose obligados a huir del solar nativo en busca de seguridad.

Los Llanos eran el país marginal, la tierra sedienta y pobre, patria del proletariado riojano. Representaba la antinomia frente a la Ciudad y al Oeste y, por eso mismo, conociendo las leyes que han presidido el desarrollo histórico a través de los milenios no es necesario forzar los hechos para descubrir remotas concomitancias con procesos de oposición y de lucha que se han dado muchas veces en el tiempo. Recordemos el pleito secular de los egipcios de la tierra húmeda bañada por el Nilo con los beduinos y los heriu-sha, habitantes de las arenas y eternos merodeadores de la opulencia egipcia; la pugna de los montañeses de la Diacria ática, condenados a vivir en suelo áspero y mezquino, con los cupátridas de la llanura fértil, detentadores de la tierra cívica. Esos cultivadores de los predios marginales que, según la anécdota referida por Aristóteles, estaban obligados a cultivar sólo "males y dolores".

Esas situaciones de desequilibrio económico han sido siempre factores de perturbación social y política. Y lo fueron también en La Rioja. Así se engendró, al decir de Dardo de la Vega Díaz "el remolino de la montonera". "Nace en escampado como los remolinos. Arremete, brama y troza como los remolinos, y se detiene repentina y muere como ellos". (7) Esas violentas reacciones que convulsionaron a La Rioja durante más de una década, desde Pavón en adelante, constituyen un fenómeno que exige una explicación, explicación que debe tener el fundamento de la interpretación histórica y sociológica y no solamente la seducción literaria del libelo político. Más de lo que comunmente puede suponerse, la montonera es un hecho que tiene profundas imbricaciones con la política del pasado y del presente, y quizás por eso mismo significa un tema controvertido y polémico, donde los esquemas mentales a que adhieren unos y otros prefiguran casi siempre las valoraciones respectivas.

Sarmiento, y con él la escuela de escritores liberales vieron en la montonera el símbolo de la barbarie, del atraso y de la ignorancia; fuerza que pugna feroz por resistirse a la influencia de la civilización. Ella y el caudillo, que es otra de sus expresiones, representan el anacronismo de las campañas pastoras frente al progreso encarnado en la ciudad: son el poncho y el chiripá en contra de la levita; la lanza y el cuchillo en contra de la tropa de línea; el analfabetismo en lucha pertinaz contra la escuela. Es, en suma —según dicho esquema interpretativo— la oposición de las

(7) Dardo de la Vega Díaz: "La Rioja Heroica". Edición Universidad Nacional de Cuyo, año 1955, pág. 42.

multitudes ignaras en su desconfianza secular hacia la parte más culta y representativa.

Eso ha enseñado nuestra escuela a través de varias generaciones. No es extraño, pues, que dicha imagen de la montonera siga teniendo vigencia para muchos argentinos, y resulta difícil convencer a quienes la han incorporado sentenciosamente a sus vivencias históricas, sobre las reservas y precisiones que deben en ella introducirse. Hemos oído, ocasionalmente, decir a gente ilustrada: ¿Vale la pena rendir un homenaje al Chacho? ¿Acaso no hay otras figuras mucho más valiosas que deben ser estudiadas? Referimos esto para demostrar cómo el calificativo de "bárbaros" que Sarmiento dio a los caudillos en su Facundo y en la biografía del Chacho, abrió huella profunda en la tradición histórica argentina. Pero también nos enseña que la literatura de tipo polémico, cuando está manejado por mano maestra, tiene una fuerza de persuasión y sugere que difícilmente puede alcanzar la historia.

Frente a esa literatura con sentido de alegato, que todavía sigue inculcando la escuela a guisa de ejemplificación estética y estilística a los alumnos de la escuela secundaria, no existe una producción que pueda contrapesar los juicios que aquella engendra. ¿Quiénes han leído, por ejemplo, la Vida del Chacho, de José Hernández? Solamente unos cuantos estudiantos. Por lo general, las nociones que poseen el maestro y el estudiante acerca de los caudillos federales, especialmente de Peñaloza y Quiroga, flotan en el campo de la anécdota y la leyenda. Es un hecho comprobado que quienes frecuentan las aulas están mejor informados sobre cualquier hecho de la historia europea, que sobre los acontecimientos que definieron la actual fisonomía política y económica del país. Ese déficit de cultura histórica hace que todavía el fenómeno de la montonera pertenezca más al acervo de la leyenda épica, género propio para inflamar sentimientos contradictorios de condenación o de adhesión nostálgica. Desde el punto de vista literario sigue constituyendo uno de los grandes temas casi inéditos para la novela, el teatro o la poesía.

Mirada bajo la faz histórico-social ella propone una cuestión apasionante que interesa dilucidar porque nos ayuda a comprender mejor el proceso argentino desde la Revolución de Mayo en adelante, y a situar en su verdadero terreno el problema de unitarios y federales que, con otros rótulos, sigue teniendo vigencia en la conducción nacional.

Preguntémosnos, pues, ¿qué fue la montonera? Pidamos las respuestas a la geografía, a la etnografía, a la sociología, a la economía como a la propia historia. De seguro que nos internaremos en un mundo de evocaciones fascinantes.

El escenario donde ella se desarrolla fueron los Llanos riojanos y

las comarcas limítrofes de provincias vecinas que se le parecen por su configuración física y climática. Norte de San Luis hasta las estribaciones de la Sierra; San Juan, con los Departamentos de Valle Fértil y Jáchal; Córdoba, zona de Pocho, Minas y San Alberto. Dentro y fuera de la provincia de La Rioja hubo otros núcleos de reacción montonera: en Arauco, Famatina y Guandacol, y en Catamarca ganó prosélitos en Pomán y Belén.

Su material humano era provisto por la multitud campesina de la más humilde condición social y económica. Paunero la definió como "...la chusma más pobre, más indisciplinada y con el mal espíritu que puede imaginarse". Y para Sarmiento, los caudillos de la montonera eran una especie de "monstruos prehistóricos, inexplicables pero reales", un anacronismo de sabor arqueológico. Para la gente de la ciudad, provincianos y enemigos suyos, eran los "bandidos", los "forajidos", "hordas vandálicas", individuos abyectos y despreciables sedientos de sangre y pillaje. Hubo, sin embargo, testimonios más benignos, como el del coronel Rivas quien, después de pasar dos días junto a Peñaloza y su gente escribía entusiasmado las siguientes líneas: "Esta gente tiene una especie de adoración por Peñaloza. He tenido el honor de conocerlo y he estado dos días con él y sus forajidos y he podido penetrarme de esta verdad., la única garantía de orden y tranquilidad en el interior es Peñaloza; sin él nadie se moverá..." (8) Y el francés de Moussy, equidistante de los partidismos y resentimientos que conflagraron al país en la época de Pavón lo considera "el idolo de las masas populares de la provincia y sobre todo de los Llanistas, con quienes comparte la vida y los juegos. Su carácter dulce y afable; sí, lo alejan de Quiroga, le atraen, sin embargo, numerosas simpatías. Hasta fines de 1863, época de su muerte violenta, Peñaloza ha sido el personaje más brillante del oeste de la República Argentina..." (9)

La fuerza política de la montonera descansaba en esa unidad indescartable de la masa con sus jefes, personalidades fuertes y cautivadoras a quienes siguieron hasta la muerte o el exilio, y en un verdadero estado mayor de lugartenientes, caudillos menores pero piezas valiosas dentro del movimiento, distribuidas estratégicamente en el territorio riojano. Recordemos a Sebastián Elizondo, Lucas Llanos y Berna Carrizo, en los Llanos; Puebla y Ontiveros, en San Luis; Guayama en San Juan, Severo Chumbita, en Arauco; Carlos Angel, en Famatina. Ellos no eran gauchos

8) Rivas a Mitre desde el campamento de Catuna, 15/VI/1862. Documento transcrito por Dardo de la Vega Díaz en "Mitre y el Chacho", pág. 155/56.

9) Martín de Moussy, obra citada, pág. 413.

indigentes como sus subordinados; en su mayoría tratábase de estancieros que amparaban la miseria y las desventuras de sus adictos en una actitud de humana solidaridad, o mineros y hombres de empresa como Carlos Angel. Esa devoción que les profesaba la masa rural no había sido obtenida gratuitamente. Frente al egoísmo, a la incompreensión y al desprecio de los hombres de la ciudad, personeros de la civilización, resalta la paternal solicitud de los jefes montoneros por aliviar su ingrato destino de hombres iletrados e indigentes.

Para comprender esa idolatría de que hablaba Rivas, nada más elocuente que leer la carta que Peñaloza escribió a Marcos Paz, comisionado de Mitre para solucionar los conflictos provinciales suscitados en el Norte después de Pavón. Al explicarle el prestigio y simpatías de que disfrutaba entre sus conciudadanos le decía: "Esa influencia, ese prestigio lo tengo porque como soldado e combatido al lado dellos por espacio de cuarenta y tres años, compartiendo con ellos los asares de la guerra, los sufrimientos de la campaña, las amarguras del destierro y e sido con ellos más que Gefe un padre que mendigado el pan del extranjero prefiriendo sus necesidades a las mías y propias. Y por fin por que como Argentino y como Riojano e sido siempre el protector de los desgraciados sacrificando lo último que he tenido para llenar sus necesidades, constituyéndome responsable de todo y con mi influencia como Gefe haciendo que el Gobierno Nacional buelva sus hojas a este pueblo miserable bigtima de las intrigas de sus propios hijos, obteniendo hasta bajo mi responsabilidad particular, cantidades que llenen las necesidades de la Provincia". (10)

Peñaloza nos representa la miseria de sus paisanos. En verdad, entre las causas de la montonera, juega un papel preponderante la miseria vieja que clavaba sus garras en el alma de esos criollos ingenuos y rudimentarios, a quienes la transformación del país consecuente con el proceso emancipador estaba echando a un lado como cosa inútil y despreciable. De modo semejante a su hermano de la pampa litoraleña, el gaucho riojano era una realidad social que las leyes y los gobiernos habían olvidado. La mística del progreso europeizante, el ferrocarril que se estaba tendiendo, el aporte de sangre extranjera, eran cuestiones que preocupaban a los hombres cultos del país. La construcción nacional no caía en cuenta a estos hermanos rezagados y desvalidos, que durante las guerras de la independencia sirvieron de carne de cañón en los ejércitos patriotas, y que más tarde, al iniciarse el proceso de la organización constitucional significaban un estorbo, suerte de parias en su propio suelo a quienes se hizo desaparecer con procedimientos tales como el enganche

(10) Archivo Marcos Paz, II, 325/27.

para el fortín o aplastándolos con la "guerra de policía". Estrada definió este duelo entre la civilización urbana y las campañas pastoras con una frase que encierra un gran contenido de verdad: "Las legislaturas no legislaron para la campaña y el gaucho las dispersó a sablazos".

Pero no era solamente miseria y desvalimiento jurídico. Era también ignorancia. ¿Qué males más tremendos pueden aplastar al hombre que la miseria y la ignorancia? ¿No son acaso la raíz que explica todos los trastornos políticos y sociales, las guerras intestinas, la desesperación de las masas? Nicolás Avellaneda vio lúcidamente el problema que engendraba esos factores de insuficiencia y desequilibrio en una magnífica carta dirigida a un grupo de madres riojanas, contestando un pedido de fundar una casa de instrucción superior para sus hijos.

"...la ignorancia y la miseria (no pueden) acumularse en una parte del territorio argentino, sin engendrar allí causas de perturbaciones profundas, que al desenvolverse en sus desastrosos efectos abarcarán luego la República toda". Enseguida, refiriéndose concretamente al problema riojano afirmaba: "Los males de La Rioja, males nacidos de la ignorancia y de la destitución de la miseria no son una dolencia local que los demás pueblos de la República y su Gobierno pueden contemplar impasibles; sino que constituyen un peligro común, pronto siempre a entablar trastornos... y que deben ser conjurados con el esfuerzo de todos". Hablaba, luego, sobre la responsabilidad social de las clases ilustradas para con las masas populares, anticipando un concepto que tiene hoy patente vigencia. "Pocos ejemplos tan ilustrativos pueden invocarse como esta historia de La Rioja. Ella nos enseña cómo es estrecha la solidaridad que liga entre sí a todas las clases sociales, haciendo refluir en pavorosas responsabilidades sobre el hombre ilustrado, la indolencia con que ha visto perpetuarse el predominio de los instintos bárbaros que remueven las masas populares, sin admitir que su educación no era solamente un deber de confraternidad, sino el único acto eficaz para la propia defensa". (11)

Esta carta fue escrita a comienzos de 1869, cuando Avellaneda era Ministro de Instrucción Pública. Lamentablemente las soluciones no llegaban a tiempo. Como lo reconocía con autoridad el Ministro de Sarmiento, los hombres ilustrados, salvo honrosas excepciones, no habían advertido su deber de solidaridad patriótica y cristiana para con las masas populares. Permanecieron impasibles ante su miseria y su dolor que, muchas veces, ellos provocaron con su egoísmo e insensibilidad. La escuela, que recién comenzaba a nacer en el territorio patrio, serviría para alfa-

(11) Registro Oficial de la Provincia de La Rioja, IV, 215/219.

betizar a los hijos de los montoneros pero no podía remover ya la ignorancia vieja. Por lo demás, los propios adalides de la civilización y de la instrucción popular tenían demasiada impaciencia y no quisieron esperar que las herramientas de la civilización modificaran la índole rudimentaria de sus compatriotas. Sarmiento era el autor de aquel terrible consejo dado a Mitre después de Pavón: "no trate de economizar sangre de gauchos; éste es un abono que es preciso hacer útil al país; la sangre es lo único que tienen de seres humanos" (12) Y el propio Mitre de común tan moderado en sus opiniones recomendaba a Marcos Paz desde Santa Fe: "Mejor que entenderse con el animal de Peñaloza es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para ayudarlos a bien morir" (13) Más sencillo y expeditivo que tratar de moderar los impulsos de la montonera con medidas de justicia fue eliminarla con los batallones de línea, oponiendo el máuser y la disciplina a las tacuaras y a las cargas ciegas de la caballería.

Miseria e ignorancia, no basta con mencionarlas sino cabe explicar al mismo tiempo cómo se originaron y de qué modo gravitaron en la vida riojana del pasado siglo. Hablemos de la primera: más cruel todavía que la segunda. Esta situación se conecta con un proceso de decadencia económica que se inició junto con la emancipación política del país, el cual afectó en mayor o menor grado a las provincias del interior. La Revolución de Mayo y la lucha emancipadora subsiguiente brindó a los argentinos la libertad política, en eso los niveló, pero introdujo otro tipo de desigualdad más lacerante que la de españoles y americanos, porque no afectaba solamente a los individuos, sino también a toda la estructura política y económica del Virreinato. La Revolución empobreció a las provincias del interior y exaltó en cambio a Buenos Aires, el único puerto de ultramar que tenía en ese momento el territorio argentino. Las causas fueron diversas y por notorias nos limitaremos a enunciarlas concisamente.

A partir de la emancipación política del Río de la Plata se produjo un incremento notable del comercio de extranjería que significó una competencia ruinosa para la producción y la industria del país interior. Miron Burgin, autor norteamericano que se ha ocupado con rigor y objetividad del tema económico argentino en la época post-revolucionaria nos dice que "el derrocamiento del dominio español fue el comienzo de una era de expansión económica" para Buenos Aires y en menor medida

(12) Archivo Mitre, IX, 350.

(13) Archivo Marcos Paz, II, pág. 174.

para las provincias del Litoral. Pero en el interior las ventajas del comercio exterior quedaron muy disminuidas por la pérdida de los mercados locales y extranjeros de los que dependía en gran parte el bienestar de las provincias". Y más adelante expresa: "El carácter desigual del desarrollo económico desembocó en lo que fue hasta cierto grado una desigualdad que se perpetuaba a sí misma. El país se dividió en provincias pobres y en provincias ricas". (14) Para comprender mejor el problema será preciso recordar que hasta 1860, ó sea durante medio siglo de vida independiente, el puerto fue provincial y que en consecuencia la renta aduanera era monopolizada por Buenos Aires. Unas pocas cifras permitirán apreciar la cuestión en toda su magnitud: "Córdoba, una de las provincias más grandes del interior, con una población estimada en 60.000 habitantes y situada en la más importante ruta comercial que unía la costa con los Andes, tenía en 1824 una renta de poco más de \$ 70.000. Este mismo año los ingresos de Buenos Aires pasaban de los \$ 2.500.000" (15)

No fue solamente la política de puerto libre y único el principio de la asfixia económica provinciana. Simultáneamente, la guerra de la emancipación trajo consigo la interrupción del provechoso comercio que las provincias de la Cordillera y del Noroeste, La Rioja inclusive, practicaban con Chile y el Alto Perú. Durante varios lustros desapareció la complementación económica de las zonas del interior con dichos mercados. La frontera estaba allí, sólo a un paso, pero el estado de beligerancia entre insurrectos y realistas impedía a los primeros colocar sus reses en pie, sus vinos y aguardientes, sus harinas y demás productos que constituían la base de su exportación.

La guerra de la independencia no se limitó a paralizar el comercio. Exigía también hombres para empuñar las armas, y gravaba a las poblaciones con contribuciones patrióticas en especies y dinero, circunstancias que, conjugadas con los factores anteriores, produjeron un estado de verdadera indigencia a los tesoros provinciales y a los particulares. Veamos qué ocurría en La Rioja. "Las Cajas carecían de fondos suficientes para hacer frente a las necesidades más imperiosas y los escasos recursos con que se contaba se insumían en el abastecimiento y envío de reclutas para sostener la pequeña fuerza militar destacada en Guandacol y Vinchina". (16) La Provincia contribuyó con gruesos contingentes para remontar el Ejército del Alto Perú y la fuerza expedicionaria que San

(14) Miron Burgin: "Aspectos económicos del federalismo argentino". Hachette, Buenos Aires, 1960, pág. 119.

(15) Ibid. pág. 171.

(16) Ricardo Caillet Bois. Prólogo al Archivo del Brigadier J. F. Quiroga, t. pág. 17/18.

Martín preparaba en Mendoza. Las tropas riojanas en este Cuerpo pasaron a formar parte del Regimiento N° 1 de Cazadores de los Andes, que en 1820 se sublevó en la ciudad de San Juan. También salieron de La Rioja los 300 hombres que a comienzos de 1817 hicieron la expedición auxiliar libertadora a Copiapó, mandada por el Tte. Coronel Francisco Zelada y comandante Nicolás Dávila. (17)

Estas levas desarraigaron del solar nativo a mucha gente. Es cierto que se trataba de una contribución gloriosa, pero, mirada la cuestión desde otro ángulo, fueron brazos sustraídos al trabajo pacífico de las sembrerías y viñedos. Y esa era una forma de decaimiento económico.

Conviene decir algo acerca de las contribuciones de La Rioja en efectos, víveres y cabalgaduras para los ejércitos de la independencia. En los ocho meses que Ramón Brizuela y Doria desempeñó el cargo de Teniente de Gobernador, a partir de setiembre de 1815, consta que auxilió al Ejército del Perú con 900 mulas mansas y al de Cuyo con 30 quintales de pólvora. En diciembre de 1817, el coronel Diego Barrenechea, que gobernaba en ese momento la Provincia, impuesto de la escasez de víveres en que se encontraba el Ejército Auxiliar del Alto Perú recurrió a los habitantes de los Llanos. Estos, presurosos "se desprendieron de la muy corta cantidad de maíz que habían separado para su manutención", entregando mil arrobas. (18)

En 1818 la situación económica de la Provincia era de tal gravedad, por la decadencia de las labores agrícolas y mineras, que el Teniente Gobernador se consideró obligado a denunciar ante las autoridades del Directorio "la general indigencia" del vecindario y reclamó la adopción de prontas medidas destinadas a "salvarlo de su exterminio". Ello no fue óbice para que, pocos meses más tarde, dicho funcionario remitiera al jefe del Ejército Libertador general San Martín, 30 mil arrobas de harina con sus respectivos sacos de cuero y aperos correspondientes a cien cargas, donación hecha por los vecinos de Guandacol, Vinchina, Jagüé, Bateas y Anguinan. (19)

Pasadas las guerras de la emancipación las cosas no mejoraron desgraciadamente. A pesar del esfuerzo económico que La Rioja había debido rendir, superior a sus fuerzas, ella había vivido en relativa paz, salvo las tradicionales querellas de familia por la posesión del gobierno. Pero al producirse la descomposición del régimen directorial la guerra se encendió dentro del hogar provinciano. El enfrentamiento no fue ya entre los

(17) Marcelino Reyes: "Bosquejo histórico de la Provincia de La Rioja". Buenos Aires, 1913, pág. 38/42.

(18) Ricardo Caillet Bois, obra citada.

(19) Marcelino Reyes, obra citada, pág. 44.

Dávila y Ocampo sino entre federales y unitarios, y adquirió una dimensión mucho más vasta como que afectó a todo el territorio argentino. Una nueva figura domina el escenario político del interior: Juan Facundo Quiroga, constituido en el adalid del federalismo en contra del unitarismo rivadaviano. La lucha no era como lo juzgó Sarmiento entre "civilización y barbarie", sino que tenía implicancias mucho más profundas. Era el enfrentamiento de dos concepciones políticas y económicas; dos maneras distintas de ver la organización nacional. Por un lado los que querían el establecimiento de un sistema estatal centralizado, dentro del cual las provincias quedaban reducidas a la posición de distritos administraciones estrechamente fiscalizadas por el poder central; por el otro, los que defendían la más amplia autonomía económica, fiscal, política para cada provincia, sistema arraigado en la tradición del pueblo argentino. El progresivo desequilibrio entre Buenos Aires y el interior, evidenciado a partir de la Revolución, demostraba a juicio de los sostenedores del federalismo, la conveniencia de una política que suministrara la base adecuada para la solución de las diferencias interregionales.

El puerto único librecambista, el monopolio de la renta aduanera, de los bancos, de la emisión monetaria, de la tierra pública, postulados que contenía el programa rivadaviano, negaban en forma absoluta la existencia de intereses provinciales específicos, complementarios de los intereses de la nación y compatibles con ellos. No se trataba simplemente de meras especulaciones sobre teoría económica. Los hechos estaban demostrando tangiblemente que el problema argentino no era susceptible de una receta única, rígidamente centralista, sino de una fórmula que tuviera en cuenta la diversidad regional. Basta con medir el progresivo empobrecimiento de las poblaciones provincianas. "Era un año excepcional aquel en que alguna tesorería provincial podía jactarse de que había tenido superávit. Los déficit aparecían con monótona regularidad, y las cajas vacías eran lo normal". La cuestión fundamental en muchas provincias, especialmente en La Rioja, no era economizar porque los gastos ya habían sido reducidos al mínimo, sino la de obtener las rentas suficientes para evitar el derrumbe total de la precaria maquinaria administrativa (20). Ese fue el problema de los gobiernos riojanos, antes y después de Pavón. El vano empeño de querer equilibrar gastos con rentas públicas, propósito que aparece enunciado por casi todos los gobernadores como el desideratum de su gestión financiera. Es cierto que algunos lo lograron, pero a costa de suprimir empleos, de reducir sueldos y de limitar las actividades administrativas a lo más indis-

(20) Mirón Burgin, obra citada, pág. 170/171.

pensable, en otras palabras, a costa del sacrificio y de la miseria de sus sobrios habitantes.

Las luchas entre unitarios y federales jalonaron un cuarto de siglo de la historia riojana, provocando consecuencias más trágicas, penosas y perjudiciales que las derivadas de la guerra de la independencia. La Rioja fue varias veces el eje de esas contiendas, sobre todo cuando ocurrieron las campañas de Quiroga contra Lamadrid, entre 1825 y 1827, y años más tarde en contra de Paz y del mismo Lamadrid. El Tala, Rincón, La Tablada, Oncativo, Ciudadela, sin hitos de sangre vertida en nombre de un principio: la autodeterminación de las provincias frente a la imposición de un sistema contrario a sus aspiraciones. La pléyade culta del país, presente en el Congreso Constituyente de 1824, se había empeñado en prefigurar jurídicamente una Argentina en contra de la voluntad popular. En su Manifiesto dirigido a las Provincias el Congreso declaraba que el federalismo era la forma de gobierno menos adaptable a la nación teniendo en cuenta el estado y las circunstancias por las que ella atravesaba. (21) Y por eso uno de los artículos de la Constitución decía: "En cada Provincia habrá un Gobernador bajo la inmediata dependencia del Presidente de la República", y también nombrado por éste. Huelga decir que en el interior se pensaba exactamente lo contrario. Revela, acaso, una muestra de barbarie que Quiroga, Bustos e Ibarra hayan reaccionado contra esa manera de gobernar el país?

Fracasada la experiencia unitaria, principalmente por la decisión de Quiroga que en pocos meses fue capaz de controlar ocho provincias, casi todo el interior, la fórmula será ensayada nuevamente dos años después, no ya a través del docto texto de una Constitución sino mediante la fuerza de los regimientos y escuadrones que hicieron la guerra contra el Brasil. Esta vez se quería dominar a las provincias por la fuerza de un ejército regular, mandado nada menos que por el más genial de nuestros generales, el famoso "Alanco" Paz. Difícil faena impone a los pueblos una idea que rechazan. En una elocuente carta (10 de enero de 1830) Facundo le dirá al vencedor de La Tablada y Oncativo: "Ya al parecer no hay probabilidades ni esperanzas siquiera de una segura y permanente quietud para las provincias. Ellas descansan tranquilas en sus perfecciones y de repente se lanzan sobre ellas los escuadrones y regimientos que vienen a dar la ley bajo cualquier pretexto, teniendo que comprar sus libertades a costa de la sangre de sus hijos y de sus fortu-

(21) Estatutos, Reglamentos y Constituciones Argentinas (1811-1898). Editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, pág. 155.

nas". (22) Así pensaban los representantes de la "barbarie". Verdad o rudimentario instinto?

"A costa de la sangre de sus hijos y de sus fortunas", la frase define bien la historia riojana de casi medio siglo, desde 1826 hasta Pozo de Vargas. En ese lapso se sucedieron acontecimientos de excepcional gravedad: el asesinato de Barranca Yaco, el levantamiento de la Coalición del Norte y la desgraciada muerte de Tomás Brizuela, sucesor de Quiroga, la invasión del Chacho desde Chile y su campaña de 1842 - 43, y también querellas intestinas en una provincia convulsionada. Después de Caseros, La Rioja parece sosegar hasta Pavón. El sistema federal por el que tanto lucharon sus hijos, que tanta sangre y miseria había costado parecía haberse impuesto al fin. El presupuesto de gastos para 1858 estaba calculado en la irrisoria suma de 21.250 pesos bolivianos. Pocos meses antes el Gobierno Nacional había acordado a la provincia un subsidio de 4 mil pesos para ayudar a los gastos de la administración, que no alcanzaban a cubrirse con sus entradas. A propósito de esa ayuda el gobernador Bustos decía a Urquiza que "celebraba se haya persuadido que todo gobierno, al menos por mucho tiempo, es imposible aquí sin la protección especial del gobierno nacional, por la suma pobreza del país y la escasez consiguiente de las rentas públicas para los gastos más indispensables de la administración". (23) La pobreza del erario era un trasunto de la pobreza de la gente, excepción hecha de uno que otro rico propietario rural o algún acaudalado comerciante de la ciudad, como la sociedad Bazán y Luna que en esta época comenzó a hacer anticipos al gobierno a cuenta de los subsidios nacionales. El proceso de empobrecimiento iniciado con la Revolución y denotado luego en los hechos que hemos expuesto había llegado a su culminación.

La miseria popular y la holgura de pocos era, amen de la guerra, de la nueva configuración geo-política del país, de la absorción de la renta por Buenos Aires, de la decadencia del comercio y la industria del interior frente a la competencia ruinosa de la extranjería, un problema de estructura social. Un censo de población mandado levantar por el teniente de gobernador Francisco Javier Brizuela y Doria en 1814, asignaba a La Rioja 14.092 habitantes. ¿Cuál era la composición étnica de los mismos? De ese total sólo había 4.751 españoles americanos, es decir blancos de ascendencia española; 3.178 eran indios; 5.017 negros libertos y 1.076 negros esclavos. Había solo 64 españoles y 9 extranjeros. (24)

(22) Marcelino Reyes, obra citada, pág. 76/77.

(23) Marcelino Reyes, obra citada, 151.

(24) Martín de Moussy, obra citada, pág. 399.

Estas cifras proporcionan interesantes sugerencias. Si bien el conocimiento de la historia social argentina es todavía deficiente, no cabe duda que los censos brindan valiosos puntos de referencia para orientar nuestro juicio. Carmelo B. Valdés nos habla de "la situación desesperada de los libertos condenados a la miseria, al hambre y a todas las privaciones de la vida por la acaparación total de la propiedad y de los recursos por parte de los dominadores, pues que los arrastró a los términos extremos de, o volver al yugo o robar y perecer". (25)

Pues bien, el censo de 1814 confirma la opinión de ese autor riojano. La clase dominante formada por los descendientes de los conquistadores españoles, minoría dentro de la población total, disfrutaban en ese momento del trabajo servil de negros e indios para la atención de sus fincas y labores domésticas. Pero había, además, más de un tercio de la población que estaba integrada por libertos. De cómo esos antiguos esclavos habían obtenido su libertad es cosa que queda por averiguar. ¿Manumitidos voluntariamente por sus patronos? ¿Libres por la disolución o decadencia de las familias que los cobijaban? ¿Quizá por compra de su libertad? ¿Efecto de las ideas revolucionarias? Posiblemente concurren todas estas causales. Lo cierto es que ellos constituían el estamento social más numeroso, pero también el más indigente. Habían conseguido su libertad pero a costa del techo y comida de sus señores. Les era preciso, por ende, ganarse la vida desempeñando algún oficio o conchavo, pero eso era difícil en una sociedad de estructura económica rudimentaria, que requería escasa mano de obra libre. Un reducido número se ocuparon como artesanos en la ciudad, muchos fueron incorporados al servicio de las armas en los regimientos de pardos y morenos que se formaron después de la Revolución, otros se fueron a vivir a la campaña arrimándose a las estancias de los Llanos otros en fin quedaron como una masa de población sumergida sin trabajo fijo y sufriendo crueles privaciones. Los hijos y los nietos de esos libertos desheredados que no tenían ni un palmo de tierra, que nada poseían como no fuera su libertad, formaron una masa inquieta, explosiva, que había aprendido el oficio de las armas durante el largo período de las guerras civiles y había encontrado en ello un placer y una seguridad. Ese quehacer les brindaba la posibilidad de hacerse valer, de afirmar su personalidad y de que su libertad tuviera siquiera un sentido; encontraron, además, jefes paternos y comprensivos que los amparaban en sus necesidades, y a quienes seguían devotamente. Quiroga, Brizuela, el Chacho, y también otros caudillos menores como Chumbita, Elizondo, Berna Ca-

(25) Carmelo B. Valdés, obra citada, pág. 8.

rrizo, Lucas Llanos, los Tello. A diferencia de los hombres de la tierra húmeda que los veían con desprecio y hostilidad, considerándolos como "la chusma", encontraron en esos caudillos calor humano, afecto, sinceridad. Ellos retribuyeron esa fraternal solicitud con su adhesión incondicional, confiaron ciegamente en que tales hombres no podían equivocarlos, y por eso estuvieron dispuestos a dar su vida en cualquiera de esas corajeadas a que periódicamente los convocaban. Recordemos la explicación del Chacho cuando hablaba del porqué de su prestigio frente a "sus muchachos"; "...por espacio de cuarenta y tres años he compartido con ellos los asares de la guerra, los sufrimientos de la campaña, las amarguras del destierro... porque he sacrificado lo último que he tenido para llenar sus necesidades...". Cual de los desdenados y cultos personajes de la ciudad habría estado dispuesto a compadecerse de las masas iletradas y pobres de la campaña pastora? Ninguno, y por eso los gauchos de la campaña, los montoneros, les devolvieron su desprecio e insensibilidad con prevención y odio, máxime cuando la hostilidad social tenía implicancias políticas profundas, cuando los doctores de la ciudad confabulados con los políticos de Buenos Aires y los coroneles de línea querían imponer un sistema contrario a las afecciones populares, en donde ellos y sus jefes quedarían excluidos para siempre.

En La Rioja más que en ninguna otra provincia el pleito entre unitarios y federales tuvo, además del sentido político corriente, una connotación hondamente social. La multitud campesina estaba en el federalismo; la clase ilustrada y pudiente de la ciudad y de los valles húmedos del oeste con el sistema liberal o unitario. Distinta fue la situación en las principales familias: Navarro, Molina, Ruza, Segura. Pero quizá por eso mismo estuvieron dispuestos a transar con el liberalismo triunfante en Pavón, cuando los hechos los convencieron de que no era "político" ni conveniente seguir luchando contra la corriente. Resulta muy ilustrativa, al respecto, una carta de Juan Eusebio Balboa, dirigente federal del Departamento Belén, al General Angel Pacheco, datada en Catamarca el 23 de abril de 1861 que alude al enfrentamiento inminente entre la Confederación y Buenos Aires: "Puedo asegurar a Ud. que la Provincia de Catamarca vomita fuego y un vivo entusiasmo por nuestra causa... por que hay mucho federalismo, en la Provincia, en los sujetos de principios, cuando en La Rioja no hay más Federación que en la última clase". (26)

Tiene que ver también con este problema de montoneros y gente de or-

(26) Archivo General de la Nación. Sala IV, Cuerpo 33, anoquel 6, legajo 14. Documentos del Museo Histórico Nacional, Nº 3608.

den, el bajo nivel cultural de la población riojana. Martín de Moussy, que recorrió el país durante los últimos años de la Confederación y comienzos de la época de Mitre, decía que "con relación a la instrucción pública la provincia de La Rioja es la última de la República Argentina". (27) En efecto, a través de medio siglo de vida independiente no hubo escuelas en el territorio provincial. La enseñanza de las primeras letras la hacían algunas personas de buena voluntad que contraían su tarea docente a los hijos de las familias principales. El resto de la población, inmensa mayoría, permanecía en la ignorancia. Cuenta Salvador de la Colina en sus amenas "Crónicas riojanas y catamarqueñas" que el primer maestro fue un negro liberto llamado Patricio del Sacramento, sacristán de la iglesia matriz, quien enseñó los palotes y la cartilla a muchos niños de linajes tradicionales que tuvieron luego figuración destacada en la política y en la magistratura. (28)

Otro maestro vocacional fue don Tomás Valdés, español que "consagró sus últimos años a la educación gratuita de algunos niños de la familia y de su relación". La escolita era mixta y los concurrentes no podían pasar de ocho, "que eran justamente los que cabían un poco estrechos alrededor de una mesa que el maestro tenía en el centro de su pieza". (29)

Los gobiernos que vinieron después de Caseros comenzaron a preocuparse de la instrucción pública pero tropezaron con el grave escollo de la falta de recursos. El censo mandado a levantar a comienzos de 1855 por el gobierno de Francisco Solano Gómez registra la existencia de dos escuelas. Posiblemente se trataba de las escuelas privadas del maestro del Sacramento y de Fray Laurencio Torres, porque al año siguiente, al leer su Mensaje ante la Legislatura el gobernador decía que la falta de recursos había impedido la fundación de escuelas de primeras letras. "No obstante —agregaba— hasta que pudieran arbitrarse los recursos con qué costearlas, se creó en el convento de Santo Domingo una escuela sostenida por los padres de los alumnos, a la que las autoridades facilitaron muebles y un subsidio de 25 pesos para refacciones". (30)

Durante el progresista gobierno de Manuel Vicente Bustos, iniciado en julio de 1857, se dictó una ley creando 7 escuelas primarias, una en la Capital y seis para los Departamentos. De ellas tres quedaron establecidas en febrero de 1858, una en la ciudad y las demás en Famatina y

(27) Martín de Moussy, III, 402.

(28) Salvador de la Colina, obra citada, pág. 10.

(29) Ibid. pág. 91/92.

(30) Revista de la Biblioteca dirigida por Pedro Delhaye, año I, Nº 1, diciembre de 1889. Colección propiedad de Julián Cáceres Freyre.

Arauco. La primera fue la famosa "Escuela de la Patria", modesta sala situada al poniente de la plaza donde enseñaba Flaviano de la Colina. (31)

Este embrionario impulso educacional se ahogó cuando se produjeron los disturbios políticos subsiguientes al derrocamiento de Bustos, en febrero de 1860, y sobre todo a partir de Pavón. Después de la guerra contra la montonera, durante la administración de Julio Campos, resurge la preocupación de las autoridades por el fomento de la educación popular. En 1864 funcionaban dos establecimientos, a cuyo frente se desempeñaban como preceptores el nombrado de la Colina y María Godoy. Compruébase, también, la instalación de algunas escuelas en la campaña, siendo de notar la ayuda nacional para costear los estudios de jóvenes riojanos en los colegios nacionales de distintas ciudades del país. (32)

Tal esfuerzo no pudo sostenerse mucho tiempo. La provincia fue convulsionada nuevamente a partir de 1866 por movimientos sediciosos locales y luego a raíz de la invasión hecha desde Chile por Felipe Varela. Cuando Benjamín de la Vega asumió el poder en 1869 se hizo sentir recién el estímulo tonificante de una política educacional bien concebida y permanente, que se iría afirmando con los años merced a la cooperación de las autoridades nacionales.

¿Qué frutos podían dar esos conatos educacionales manifestados a través de sesenta años de vida independiente? Unos pocos doctores, bachilleres y sacerdotes que poseían el saber de su época gracias a la labor desarrollada por modestos preceptores en su pueblo natal, y a los estudios realizados posteriormente en Córdoba o Catamarca. Una parte muy reducida de sus comprovincianos apenas sabía leer y escribir, pero la inmensa mayoría eran analfabetos. Lo demuestra palmariamente el censo nacional de 1860, levantado durante la presidencia de Sarmiento. La Rioja figura con un porcentaje de analfabetos del 88,9% (33) mientras que otras provincias como San Luis, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero se hallaban en peores condiciones todavía. Este antecedente podía servir de consuelo a los riojanos, máxime cuando Córdoba, la provincia de los doctores, tenía sólo un 15% de habitantes que sabían leer y escribir.

Por cierto que el estado educacional no explica por sí solo el fenó-

(31) Domingo A. de la Colina: "S. M. el Emperador de los llanos", La Plata, 1920, pág. 102.

(32) Registro Oficial de la Pcia. de La Rioja, III, 279, 314, 340/41.

(33) Primer Censo Nacional de la República Argentina. Imprenta el Porvenir, Buenos Aires, 1873.

meno de la montonera. Este adquiere congruencia cuando se lo asocia a los otros factores de insuficiencia que hemos analizado. Si a ellos agregamos los hábitos de pelea que habían engendrado largos años de guerra civil, durante los cuales las masas habían abandonado las labores rurales requeridas por la urgencia casi cotidiana de la lucha entre hermanos, se comprenderá el porqué de la montonera. Facundo Quiroga supo definir esa propensión psicológica del hombre riojano cuando al contestar a sus amigos de Buenos Aires el porqué de su lucha por la Federación, dijo: "Yo he peleado, porque eran tiempos de pelear".

Cada época tiene su clima y su acento político-social. Cuando hubo que jugar el destino del país con las armas en la mano, las masas rurales riojanas prefirieron pelear antes que entregarse a quienes pretendían imponerles un esquema de vida por el que sentían íntima repugnancia. Debían aceptar el sistema unitario y más tarde su versión modernizada del liberalismo porteño? Debían aceptar la miseria crónica a que los relegaba el monopolio portuario y que dividía al país en provincias ricas y en provincias pobres? Debían aceptar que la ley les fuera impuesta por los doctores de la ciudad en connivencia con los batallones de línea del ejército pacificador? Debían contemplar pasivamente que su tierra fuera invadida y ocupada como país vencido por el hecho de que Pavón había erigido una nueva jefatura política en la nación? Podían tener fe en la piedad de sus enemigos cuando veían a sus compañeros de armas lanceados y degollados durante y después de las batallas? Podían creer en la civilización que entraba a sangre y fuego, simbolizada en hombres sanguinarios como Sandes e Irrazábal? Otras provincias, en cuyas masas no anidaba la profunda rebeldía social del pastor llanista, prefirieron transar con el nuevo régimen y evolucionar diplomáticamente para merecer el perdón y la benevolencia de los vencedores. La lucha vieja había abierto heridas muy hondas y cavado irreprimibles prevenciones; la sangre vertida de sus comprovincianos, muchas veces en forma injusta y cruel, era levadura de martirio. Ahí estaba para demostrarlo el cuerpo del Chacho convertido en un guñapo sangriento, vejado y mutilado por un jefe que creyó prestar un servicio al país con ese horrible holocausto. Se equivocó Sarmiento cuando al justificar el hecho ante Mitre decía que lo aprobaba, precisamente por la forma en que había sido ejecutado porque "sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro... las chusmas no se habrían quietado en seis meses". (34) Las masas no se llamaron a sosiego; antes por el contrario, persistieron en su lucha bajo el estandarte de cualquiera

(34) Sarmiento. Carta al presidente Mitre de noviembre 18 de 1863, en Correspondencia Sarmiento-Mitre, 251.

de aquellos jefes que estuviera dispuesto a revalidar los motivos del Chacho, llamáranse Felipe Varela, Severo Chumbita, Sebastián Elizondo o Santos Guayama. Al final la ciudad y la civilización las aplastaron, pero no con las herramientas de la convicción sino con las de la fuerza. El país quedó pacificado con la ley del vencedor pero no con la ley de la fraternidad. El sistema de la "Federación", por el cual tanto lucharon Quiroga y Peñaloza quedaba vencido para siempre. El sistema de la "Unidad" con el puerto como eje había prevalecido con la ayuda de otros provincianos, a despecho de lo que seguía proclamando la Constitución de Santa Fé. Más tarde, el trazado del riel conduciría fatalmente los caminos de la política y la economía hacia Buenos Aires, persistiendo hasta nuestros días cada vez más agudamente la dramática discriminación de provincias ricas y de provincias pobres.

ARMANDO RAÚL BAZÁN

## VICENTE FIDEL LOPEZ Y LA NOVELA HISTORICA

*Un ensayo inicial desconocido*

**Sumario.**— I. Presupuestos del cuento *Alí Bajá*: a. Penetración del romanticismo en Chile: los proscritos argentinos, Monvoisin; b. Conveniencia de explicar los cuadros de tema histórico; c. Moda del folletín; d. Intimidad romántica entre artes y letras; e. Auge de la novela histórica; f. Orientalismo: ciclo turco, filohelenismo. II. Realización del cuento *Alí Bajá*: a. El autor y la elección del tema; b. La composición; c. Resonancias. III. Sentido del cuento *Alí Bajá* en la obra de López: a. Hito inicial de su labor novelística; b. Prenuncio de las características de las novelas posteriores; c. López y la relación entre novela histórica e historia; d. Confusión de ambas esferas en López; e. López, novelista de historia frustrado.

Los juicios sobre López historiador suelen asociarse de una u otra manera con apreciaciones sobre sus dotes literarias y, más particularmente, sobre sus dotes de novelista. Rojas afirma que su producción histórica inició "un loable esfuerzo hacia la realización de nuestra historia como arte" (1) y Carbia establece que, aunque los resultados de su labor sean discutibles, "la personalidad literaria de López historiador quedase enhiesta" (2). Otros van más lejos. Ya en 1881 Germán Burmeister respondía al joven Carlos I. Salas que le había pedido su parecer sobre *Les rances argennes du Pérou* de López: "lea usted nuevamente el libro acerca del cual me interroga y habrá leído una novela más". (3) Tres décadas

(1) Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, 3ª ed., v. VII, Buenos Aires, Lozada, 1948, p. 116.

(2) Rómulo D. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, ed. definitiva, Buenos Aires, Coni, 1940, p. 140.

(3) Carlos I. Salas, Don Vicente Fidel López, en *Renacimiento*, año I, nº 9, febrero 1910, Buenos Aires, 1910, p. 168.